

El significado religioso del ser subsistente de Dios, considerado como esencia metafísica divina

La esencia metafísica de Dios, considerado como Ser absoluto, parece ser a primera vista un concepto abstracto y muerto. En realidad contiene gran fuerza religiosa.

1. Bajo esta forma esencial (esencia metafísica) Dios se nos manifiesta como inconmensurable, absoluta plenitud vital y como potencia ontológica incondicionada. El ser de que hablamos aquí no es el vacío concepto del ser, sino una realidad incapaz de mayor plenitud y enriquecimiento. Todo el ser creado es participación; es decir, un eco del Ser divino. La plenitud ontológica de la Naturaleza, del hombre y de la Historia nos permiten formarnos una idea oscura de la rebotante plenitud ontológica divina. Las diversas creaciones culturales (arte, ciencia, derecho, etc.) son una alusión a la inmensidad de Dios, una revelación y manifestación análoga de su riqueza ontológica. Dios posee esta riqueza con autoposesión y autoafirmación de fuerza no sujeta a condiciones.

Por eso se nos puede entregar también de un modo perfecto, en todas sus posibilidades, debido a la limitación de nuestra capacidad de recepción. Un hombre sólo puede manifestarse a otro de un modo limitado, y sólo de un modo limitado podemos dejar entrar a otros en nuestro interior. Nadie puede entregarse a otro de un modo perfecto, oponiéndose a ello la insuperable limitación de la individualidad y la debilidad de la autoposesión humana. Al contrario, Dios es Él mismo de un modo tan perfecto, y se posee tan perfectamente, que se puede entregar a sí mismo completa-

mente. Esto lo lleva a cabo en la justificación mediante la cual se convierte en posesión del justificado. La posesión perfecta de Dios tendrá lugar en el estado de visión beatífica. Esta no es más que la participación en la vida trinitaria de Dios, participación que se verifica mediante una suprema unión amorosa (véase el tratado sobre el Cielo). La posesión de la riqueza divina puede verificarse dentro de un espacio vital estrecho, de modo que el creyente se sabe poseedor de una riqueza infinita a pesar de la estrechez y limitación de la vida.

2. A causa de la absoluta fuerza existencial de Dios, el ser de Dios significa para nosotros suprema seguridad y protección de nuestra existencia. Nosotros experimentamos las amenazas provenientes de la nada, las conocemos, tememos al fracaso, el vacío nos causa miedo. Ser criatura significa «estar pendiente sobre el abismo de la nada» (Heidegger). Pero el creyente sabe que el ser creado es al mismo tiempo una participación en el Ser divino; sabe que la criatura está emparentada con Dios y que tiene en Él su fundamento; por eso el creyente experimenta la existencia, más que como peligro y amenaza, como seguridad garantizada por Dios. En la realidad intangible de Dios experimentamos la seguridad de la nuestra. Entre los Santos Padres es sobre todo San Agustín el que ha experimentado esta seguridad. La Sagrada Escritura da testimonio de la seguridad de la existencia humana fundada en la fuerza y poderío ontológico de Dios por medio de imágenes tales que «mansiones celestiales» y «ciudad celestial».

3. Dios, el Ser insustituible e intangible, es el mejor aval de la *dignidad y grandeza* del hombre (véase el tratado sobre la Creación). El Ser divino es también la garantía del desarrollo de las disposiciones naturales de la criatura. Para el hombre es esencial el poseer el ser en tanto que éste es un movimiento orientado hacia Dios. Cuanto más realiza las posibilidades que implica esta orientación, tanto mayor es su riqueza ontológica y su realización. Esta autorrealización alcanza su grado máximo en la perfección de Dios. En Dios llegamos a poseer verdaderamente nuestro yo. De que hay una consumación de nuestro ser, estamos convencidos por el hecho de que Dios es el Ser consumado y perfecto. Él es el lugar hasta el cual hay que llegar para adquirir la consumación. Dios es un Ser perfecto, consumado; la nada no es para Él un peligro y amenaza. Este conocimiento nos permite esperar que también nosotros alcanzaremos la perfección (véase el tratado sobre los Novísimos).

4. Esta seguridad y protección comunicada por la existencia de Dios a la nuestra, no produce en nosotros quietud placentera, autosuficiente y perezosa. Porque la esperanza de que nuestra vida alcanzará su consumación en Dios es para nosotros el aliciente que nos impulsa a esforzarnos por obtenerla. Además, esta esperanza nos libra de la desesperación del heroísmo trágico y del sentimiento paralizante del fracaso; pero queda la posibilidad de no llegar nunca a la meta, de caer en la nada. Por eso la esperanza del creyente va siempre acompañada de un sentimiento de miedo. La mirada con que contemplamos la riqueza de Dios aumenta la intensidad dolorosa de este miedo, puesto que nos descubre cuán grande y terrible puede ser la pérdida. Se pone de manifiesto aquí que hasta destrucciones y catástrofes de proporciones planetarias y todos los peligros de la lucha existencial no son más que pérdidas secundarias y casi sin importancia (Pieper, *Vom Sinn der Hoffnung*). «El cristiano puede perder las riquezas terrestres sin llegar a ser pobre, puesto que posee la riqueza de Dios en la vida de Cristo que le ha sido comunicada. El creyente puede sufrir hambre y sed y, no obstante, Cristo es para él un alimento de inmortalidad. El cristiano puede sentirse solitario y vivir sin patria aquí abajo, y, no obstante, vive en la comunidad esencial del Dios trinitario y de sus Santos. El cristiano puede estar enfermo y puede morir, perdiendo de este modo la existencia terrena; pero en la enfermedad posee la fuerza de Cristo, y la muerte no es para él una pérdida, sino una ganancia, pues no pierde la vida, mas al contrario, recibe la vida verdadera, la vida de Cristo» (J. Pinski, *Busse und Liturgie*, en *Das liturgische Leben*, I, 1934, 51). Véase *Lc.* 12, 4-6. El miedo a poder perder la plenitud de Dios (infierno) es transformado por el amor a Dios en un temor filial.

San Agustín expresa de la siguiente manera la idea de que nuestra existencia creada tiene en Dios su seguridad y obtiene en Dios su consumación: «Y yo miré hacia todo lo demás, hacia lo que estaba por debajo de Ti, y vi que ni era completamente ni tampoco no era en absoluto. Vi que es, puesto que existe porque Tú lo quieres; y vi que no era, pues no es lo que Tú eres. Pues sólo de lo inmutable puede decirse que es en verdad. A mí me conviene buscar mi refugio en Dios. Porque si no estoy en Él, tampoco puedo estar en mí mismo. Él, al contrario, está en sí mismo y lo renueva todo. Y Tú eres mi señor, pues no necesitas de mis bienes. (*Confesiones*, 7, 11, 17). En otro lugar: «Cuanto más ames el ser, tanto más anhelarás la vida eterna y desearás ser tal que tus inclinaciones no sean temporales, no vayan marcadas por la nota del amor a las cosas temporales: De lo temporal, que antes de ser, no era, que huye cuando es, dejará de ser cuando haya desaparecido. Por consiguiente: si es futuro, no es toda-

vía; cuando es pasado, ha dejado de ser. ¿Cómo se puede hacer que quede lo que es de tal manera que su comienzo de ser es una continuación del no ser? Pero el que ama al ser, afirma a éste en tanto que es y ama lo que es siempre. Y si estaba dividida en el amor de estas cosas, obtendrá la unidad en el amor a Él; y si se había perdido en el amor de lo pasajero, obtendrá firmeza en el amor de lo duradero, y se parará y se le comunicará el ser hacia el cual tendía su querer cuando temía el no ser y no podía ver, por estar bajo la influencia del amor a lo fugitivo» (*De libelo arbitrio* III, 7; Przywara, *Agustinus*, 217).

5. Esta definición pone de manifiesto la absoluta independencia de Dios y nuestra total dependencia en Él. Nosotros correspondemos con sentimientos de humildad, amor y reverencia. Con ellos conocemos a Dios como Ser a quien pertenece totalmente la criatura.

6. Dios garantiza la *realización de los valores*. Todas las cosas tienen dentro de sí un determinado valor a causa de su afinidad con Dios. Dios ha comunicado a todo lo que es, leves, ser y sentido propios. Todas las cosas llevan en lo más profundo de su ser la marca de su origen divino y de su orientación hacia Dios. Por consiguiente, todas las cosas poseen un valor propio, a causa de su participación en el Valor increado. La plenitud ontológica que Dios les ha comunicado es la norma y medida de ese valor. Esto pone de manifiesto que el valor de las cosas no es meta final, sino que alude a algo trascendente: a Dios.

El ser de Dios es también la norma del valor y de la falta de valor, del bien y del mal. De este modo disponemos de una dirección segura y de un criterio absoluto en todos nuestros esfuerzos morales.

7. A causa de su Ser absoluto, Dios es irrevocablemente distinto de todas las criaturas, y al mismo tiempo está presente en todas del modo más íntimo. Está cerca y lejos de nosotros. Esto libra a las criaturas de su soledad, sin despojarlas de su mismidad y de su autonomía ontológicas. Poseemos a Dios porque está presente en nosotros; pero, por su trascendencia, tenemos que tender siempre hacia Él. Podemos anhelarle, desearle; estamos emparentados con Él. Mas a causa de su infinita lejanía no podemos llegar nunca hasta Él.

8. El ser de Dios no es inactivo, inerte, rígido; es un ser activo, operante (*actus purus*). Dios es pura actividad. Dios es ser activo, y actividad existente. No hay en Él nada que no fuese

pura actividad; más aún, acción perenne. La actividad no se deriva del ser, de modo que éste fuera una especie de fundamento del obrar divino. El ser es la revelación de la forma interna, el obrar es el «movimiento» en que se manifiesta el ser. El ser y el obrar son totalmente idénticos. La acción es ser. En la criatura el ser y el obrar son cosas diferentes. El ser creado puede permanecer absolutamente inactivo, y la actividad puede degenerar hasta convertirse en puro ajetreo y vacía laboriosidad. La entrega al ser es una actitud más bien femenina; la entrega a la actividad es una actitud más bien masculina, viril. Está en oposición con la dignidad personal del hombre una entrega al ser que no conociese ni actividad ni iniciativa, así como también una actividad que no fuese expresión del ser, sino mera reacción de los nervios (véase el tratado sobre la Gracia). No obstante sernos imposible llegar a convertir la actividad en una expresión del ser, y a manifestar totalmente el ser en la actividad, debemos tender siempre hacia esta meta que se nos pone de manifiesto en Dios.

9. Al levantar la vista hacia Dios, que es la unidad del ser y del obrar, aprendemos una actitud de recogimiento; nos amonesta a que abandonemos el estado de distracción y dispersión. En Dios obtenemos la unidad en la plenitud, la paz en la inquietud.

Eckehart expresa esto, acentuando al mismo tiempo que Dios es nuestro más profundo pensamiento de unidad, de la siguiente manera: «Alguien me dijo que hay muchos que se apartan de los hombres, y viven solos, y pasan mucho tiempo en la iglesia, consistiendo en esto su paz, y me pregunto si es esto lo mejor que un hombre puede hacer. Yo le contesté: no. Y has de saber por qué. Para el hombre que tiene en orden su interior, están en orden todos los sitios y todas las gentes. Pero, para el que carece de orden interno, para ése, todo está mal, ya se trate de lugares o de personas. El que está en orden, ése lleva a Dios dentro de sí mismo, en realidad de verdad. Ahora bien: el que lleva verdaderamente a Dios dentro de sí, ése le lleva en su interior en todos los lugares, en la calle y cualquiera que sean las personas con quienes trata, ni más ni menos que en la iglesia, en la soledad o en la celda. Nada puede perturbar al hombre que posee verdaderamente a Dios y para quien Dios es toda su posesión. ¿Por qué? Él sólo posee a Dios. Ahora bien: el que en todas las cosas sólo piensa en Dios, lleva a Dios en todas sus obras y en todos los lugares en que pudiera hallarse. Y es sencillamente Dios el que ejecuta todas las acciones de ese hombre. Pues en sentido propio y verdadero la obra pertenece más bien al que la causa que al que la ejecuta. Si pensamos en Dios siempre, con pureza de intenciones, en verdad, entonces es Dios el que opera nuestras obras, y en todas sus obras nada ni nadie puede impedirle, ni el lugar ni la multiplicidad. Por eso, a tal hombre nada le puede perturbar, porque él piensa sólo en Dios y busca sólo a Dios y

sólo encuentra satisfacción en Dios, con el cual está unido mediante las intenciones. Y así como a Dios no le distrae ninguna diversidad, del mismo modo a este hombre nada le puede distraer ni dispersar, porque es uno en él. Uno en quien todo es unidad y carencia de diversidad. El hombre ha de experimentar a Dios en todas las cosas y ha de acostumbrarse a tener a Dios presente en todo y siempre, en sus pensamientos, intenciones y amores. Fíjate de qué modo tiendes hacia Dios cuando estás en la iglesia o en la celda: este estado de ánimo has de conservar siempre y has de llevar contigo cuando te halles entre los hombres, en la inquietud de la vida y en el mundo extraño. Y como ya he dicho otras muchas veces: cuando se habla de la ecuanimidad no ha de ser entendido esto en el sentido de que todos los lugares, acciones y hombres han de ser valorados del mismo modo. Esto sería una injusticia: pues el orar es una obra superior al tejer, y la iglesia es un lugar más noble que la calle. Pero en tus trabajos has de mantener siempre el mismo estado de ánimo, la misma fidelidad y la misma seriedad frente a tu Dios. Y si conservases esta ecuanimidad, nadie podría impedirte tener presente a tu Dios. Pero el hombre en quien no habita Dios, con respecto al cual Dios está lejos, de modo que tiene que traer a Dios desde afuera, de aquí y de allá, y el que le busca cambiando siempre, en un modo especial de actividad, en los hombres o en determinados lugares, ése no posee a Dios. Y entonces, con facilidad puede ocurrir que haya algo que perturba al hombre; porque no lleva a Dios en su interior y no le busca siempre y no piensa siempre en Él. Por eso, a él no sólo le perturba la mala compañía, sino también la buena, y no sólo la calle, no sólo la palabra y la acción malas, sino también la palabra y la acción buenas. Porque el obstáculo está dentro de él, pues en él no todas las cosas se han convertido en Dios; si todo fuese Dios para él, entonces se sentiría bien en todos los sitios y entre toda clase de personas; porque él poseería a Dios, y nadie podría robárselo, así como nadie podría impedir que Dios obrase en él. ¿En qué, pues, consiste esta verdadera posesión de Dios, el tenerle en realidad de verdad? Esta verdadera posesión de Dios es un asunto del ánimo y consiste en una íntima y consciente inclinación y tendencia hacia Dios y no es un intermitente pensar en Dios; porque la naturaleza no podría tender a obtener esa forma de pensar, y sería muy difícil para ella, y ni siquiera es lo mejor. El hombre no ha en él sólo un Dios pensado, contentándose con ello, pues entonces Dios desaparece al desaparecer el pensamiento. Antes bien: es preciso tener un Dios esencial, infinitamente superior al pensamiento humano y a todas las criaturas. Dios no desaparece nunca, a no ser que la criatura se aparte voluntariamente de Él. El que posee a Dios en la esencia, le percibe divinamente, y para él Dios resplandece en todas las cosas; porque todas las cosas le parecen entonces divinas, y en todas encuentra un silencioso retiro en que se aparta de todo lo externo y un ahondamiento del Dios pensado y presente. Es lo mismo que cuando uno tiene mucha sed, una sed verdadera, ése puede hacer otras cosas que beber y puede pensar en otras cosas; pero haga lo que quiera y cualquiera que sea el lugar donde se halle, en cualquier clase de pensamientos y acciones: mientras perdure la sed, no desaparece la imagen del beber. Y cuanto mayor es la sed, tanto más intensa, viva y durable es el recuerdo del beber. O el que ama apasionadamente con todas sus fuerzas una cosa, de modo que ninguna otra cosa le produce alegría, y ninguna otra cosa despierta interés alguno en

su corazón, de modo que sólo desea la cosa amada y nada más: donde quiera que se halle este hombre, haga y ejecute lo que quiera, nunca se extingue en él lo que ama de tal manera, y en todas las cosas encuentra la imagen de la cosa amada, y está presente en él con tanta más viveza cuanto más grande y profundo es el amor. Ese hombre no busca la quietud, pues no le perturba inquietud alguna. Ese hombre ha recibido tantas más gracias de Dios, cuanto que aprecia todas las cosas desde un punto de vista divino y las considera como superiores a lo que en realidad son. Pero cierto que para llegar ahí son necesarios muchos esfuerzos, y entrega absoluta, y es preciso prestar viva atención a lo que pasa en nuestro interior, y un conocimiento claro, intenso, despierto, para saber qué actitud debe adoptar nuestro ánimo frente a las cosas y las personas. Y esto, el hombre no puede aprenderlo huyendo, apartándose de las cosas y retirándose a la soledad, sino que tiene que aprender a estar solo, sea cualquiera el lugar en que se encuentra y sean como sean los hombres con quienes conversa. Tiene que aprender a ir más allá de las cosas, pasando a través de ellas, para encontrar allí a Dios, y tiene que ser capaz de crear activamente a Dios en sí mismo, imitando al que quiere aprender a escribir. Si quiere dominar este arte, tiene que ejercitarse mucho y con frecuencia en él, por difícil y penoso que sea y aunque le parezca imposible. Si hace ejercicios frecuentemente y con gran aplicación, llegará a aprender y obtener este arte. En primer lugar tiene que pensar en cada una de las letras y representárselas firmemente. Después que ha llegado a poseer el arte de escribir, no necesita pensar en cada una de las letras, ni necesita la ayuda de la imaginación. Escribe libremente y sin dificultad alguna lo mismo cosas pequeñas que grandes obras que han de surgir por medio de su arte. A él le basta no saber que en un momento dado tiene que ejercitar su arte. Y bien que no piense siempre en él, y sea lo que quiera en lo que piense, lleva a cabo la obra mediante su arte. Así también en el hombre tiene que resplandecer la presencia de Dios, sin esfuerzo alguno especial. Antes bien, ha de ver las cosas tal como son, en su verdadera forma, y ha de estar libre de ellas. Para ello se necesita mucha reflexión y una atención consciente, lo mismo que alguno necesita con respecto a su arte de escribir. La presencia de Dios ha de compenetrar de tal modo al hombre, de tal modo ha de ser transformado éste por la forma de su objeto amado, que en él resplandezca la presencia divina sin esfuerzo alguno» (J. Bernhart, *Meister Eckehardt*, 81-84; *Deder der Unterweisung*, 6).